



Angulo del poniente de la plaza de Alcázar de San Juan, en una de las postreras fases de su evolución, borrado ya su tipismo y embriagada de modernidad como si estuviera en Albacete, capital de antes de ayer.

El forasterismo, que sigue sin estudiar como fenómeno vital alcazareño, dejó en ella huella magna e indeleble, reveladora de su poderío y de su extrañeza al apreciar el valor de las cosas, cuyo sentido espiritual no sólo se le escapaba sino que más bien parecía inducirle a su destrucción y pudo extinguirlo sin el menor remordimiento íntimo ni la más insignificante conmoción del solar nativo, pues no en vano las corrientes extrañas venían trabajando el terreno años y años hasta cambiarle su sentido de lo propio y hacerle apetecible o al menos aceptable, lo que no le correspondía. Y ahí está, prepotente y triunfante, como corcel indomable que piafa y ahuyenta cuanto tiene alrededor.

Alcázar ya no es Alcázar
que es un segundo Madrid,
quien ha visto por Alcázar
pasar el ferrocarril.

encuentran resumido y junto lo que de desearlo pueden confirmar luego recorriendo la población.

La plaza actual de Alcázar se da un aire a la de Albacete por lo novísima, pero es que Albacete data de la reorganización de 1833.

Los portales de la plaza castellana —nuestro Ayuntamiento también los tuvo y los alquilaba a los feriantes en épocas de penuria— son algo más que las galerías para guarecerse, aunque tal vez se hicieran para eso, pero la convivencia en ellos a lo largo del tiempo, dejó en sus entrañas aquella conciencia moral, aquel alma, aquel sentimiento o prototipo espiritual que es en lo que consiste el del pueblo de cada uno.

Las plazas constituyen un decisivo alegato palpable, triunfante, del